

—Está concedida, contestó Zenea que era el más avanzado.

Y se arregló que se verificaría aquella misma tarde la entrevista.

En el próximo capítulo se conocerá el fin que tuvo este episodio.

prado profecto de Colima en lugar de D. José María
Medoza que estaba completamente odiado por su ig-
norancia y sus arbitrariedades.

Nuestra situación, como se comprende, era de las
más críticas, mas que para imponer condiciones esta-
bamos para pedir que después de salidos de aquel ato-
lladero se nos dejara seguir el uso de la vida. Pero
hay aquí que hacer honor al general Echegaray y Je-
vantar muy alto su nombre, su firmeza no llegó á
haber en un momento, y ni Zenea ni yo llegamos á
tener que acudir en su auxilio como nos habíamos pro-
puesto.

CAPITULO XV.

ESCARAMUZAS.

La entrevista se efectuó aquella misma tarde en un
lugar descubierto que habia en la falda de la montaña.
Por nuestra parte concurrimos Echegaray, Zenea y el
que esto escribe. Por la parte contraria asistieron á
conferenciar Oronoz y dos coroneles.

El general imperialista nos propuso la sumision, ha-
ciéndonos en cambio las siguientes concesiones que es-
taba autorizado á cumplir: el mando de una division
para Echegaray, en la cual quedarían todos sus oficia-
les colocados con un ascenso. Los puestos civiles que
deseáramos para aquellos que no quisiéramos seguir
la carrera militar. El general Julio García seria nom-

brado prefecto de Colima en lugar de D. José María Mendoza que estaba completamente odiado por su ignorancia y sus arbitrariedades.

Nuestra situación, como se comprende, era de las más críticas: mas que para imponer condiciones estábamos para pedir que después de salidos de aquel atolladero se nos dejara siquiera el uso de la vida. Pero hay aquí que hacer honor al general Echegaray y levantar muy alto su nombre: su firmeza no llegó á flaquear ni un momento, y ni Zenea ni yo llegamos á tener que acudir en su auxilio como nos habíamos propuesto.

Echegaray no dió otra contestación que esta á las diferentes ventajosas proposiciones que siguieron haciéndosele:

—La única transacción posible, Sr. general Oronoz, es que la fuerza que está ahí se ponga con nosotros al servicio de la República.

Nos despedimos, quedando desde ese momento rotas las hostilidades.

A la mañana siguiente con la primera luz de la aurora, Zenea dirigió dos granadas que fueron á hacer explosión en el centro del campamento enemigo.

Un grito unánime de ¡Viva Juárez! ¡Viva la República! ¡Muera el Imperio! se levantó de todo nuestro campamento.

Ornoz mandó levantar su campo y se puso fuera del alcance de los cañones de Zenea, sin que diera después señales ni de atacarnos ni de retirarse.

A los tres días nuestra situación se hizo angustiosa: no teníamos qué comer ni qué beber: nuestros ca-

ballos estaban hambrientos y estenuados por la sed. Era preciso atacar ó retirarse. Se resolvió lo último que nos pareció la idea más detestable á los que nos considerábamos más animosos.

Bajo la plena luz del día y á la vista del enemigo que nos veía en lo más encumbrado de la montaña como si fuéramos una parvada de pájaros, ordenó Echegaray la retirada. El enemigo se puso también en movimiento; pretendió escalar nuestras posiciones pero con unas cuantas descargas fué rechazado, abandonando en desorden la falda del cerro que ocupábamos. Tal vez era el momento oportuno de batirlo, tanto más cuanto que por un prisionero sabíamos que la tropa estaba descontenta y que Oronoz había sufrido gran deserción en las noches pasadas.

Seguimos la cordillera de cerros que se extiende al norte por toda la barranca de Atenquique, Oronoz no quiso perdernos de vista y tomó el llano para seguirnos.

Pernoctamos en una montaña en que no había más que robles, la cual estaba tan pendiente que teníamos para dormir que atravesarnos en los troncos de los árboles para no rodar al abismo. En todo el día habíamos encontrado agua ni ningún alimento, de suerte que nuestra cena fué tan frugal como debía serlo al día siguiente nuestro desayuno.

Una fuerza de caballería bajó á media noche en busca de agua y de maíz para los pobres animales, pero tropezó con una avanzada del enemigo, y después de un combate cuerpo á cuerpo en medio de la más profunda oscuridad, se retiró en orden, dejando sembra-

da la mayor confusión en el campo enemigo. Creyeron los imperialistas que eran atacados por todas nuestras fuerzas, é hicieron un fuego vivísimo que duró largo tiempo, hasta que con la primera luz del día pudieron reconocer los alrededores.

Nosotros sufríamos hambre y sed, en tanto que Oronoz, también sin víveres, perdía á cientos los soldados. Persuadido de que no podría nunca atacarnos en las eminencias inaccesibles que ocupábamos y de que nosotros no habíamos de bajar á buscarlo, abandonó la necia persecucion que nos hacia, tomando de nuevo el camino para Colima. Fué seguido de nuestros exploradores, los cuales vinieron á confirmarnos que aquella retirada era efectiva.

Ya era tiempo, pues que nosotros no podíamos resistir más en aquellas montañas muriéndonos de hambre y de sed.

Por la tarde encontramos, al ir descendiendo, una especie de pileta de agua represa de la que se habia detenido entre las peñas en los meses de las lluvias. Todo fué ver aquel depósito de agua espesa con el barro y la lama y lanzarnos á beber de ella con avidez, sin embargo de que para alcanzarla era preciso salvar algunos precipicios, fiando nuestra vida á los débiles caballos que apenas podian ya sostenernos. Muchos de los soldados, más de cincuenta, se habian quedado muertos de sed en el camino.

El agua estaba sumamente fria, y muchos de los que la bebieron sin precaucion murieron á las pocas horas.

Al dia siguiente pudimos acampar en un vallecito

rodeado de montañas. Habia bastante agua, pero nada que pudiera servir de alimento. Es verdad que ya no sufríamos el tormento indescriptible de la sed, pero el hambre que nos devoraba era ya espantosa. Hacia cinco dias que habíamos comido el último pedazo de pan y en el cerro habíamos procurado en vano nutrirnos con raíces que nos parecian demasiado amargas y demasiado secas para pasarlas, no sirviéndonos á veces más que para provocarnos náuceas.

Por fortuna nuestra, quedaba á dos leguas de allí el pueblo de Tecalitlan. Formamos una pequeña caravana de amigos y nos dirigimos allá, ansiosos de satisfacer la gran necesidad que sentíamos de comer cualquiera cosa.

Entonces pude comprender las muchas historias que se cuentan de los naufragos, en que ha llegado el furor canino hasta comerse unos á otros. Si bien nada hay mas horrible que la sed por la desesperacion que produce, los vértigos del hambre y el desaliento que los sigue, no tienen con nada comparacion.

Todavía recuerdo con horror el negro abismo por cima del cual tuvimos que pasar en busca de alimentos. En la gran falda de un cerro cortado á pico habia una especie de filete muy y prolongado, el cual tenia varias partes en que apenas podia caber el pié de una persona. Una vez que ese pié se saliera de la línea, perdiendo el equilibrio, el desgraciado á quien tal sucediera no podia cojerse de nada, sino que necesariamente tenia que rodar á una profundidad que se veia negra en el fondo como el propio inferno. Al pasar

sobre aquel abismo se desvanecía tanto la cabeza y se sentía una ansiedad tal, que solo nuestra hambre pudo hacernos animosos para pasarlo. Es uno de los puntos más imponentes y de más peligro que he pasado en mi vida. De buena gana hubiéramos dado todo cuanto poseíamos los que nos habíamos aventurado en aquella pendiente, por tal de no tener que volverla á pasar. Y sin embargo, el honor nos hizo volver á jugar con nuestra vida, cuando volvimos á nuestro campamento cargados de comestibles para participar de ellos á nuestros hermanos de armas que nos esperaban.

Ya supondrá el lector con que ahinco debimos haber satisfecho en el pueblo nuestra gran necesidad de tomar alimentos.

Comenzaba ya á oscurecer cuando regresamos, y el abismo aquel parecía entónces encontrarse más dispuesto á tragarnos. En efecto, tuvimos que presenciar allí un suceso horroroso.

Un hombre llevaba delante de nosotros un caballo cargado de pasturas. La carga tropezó por el lado del cerro, empujando á la bestia que estuvo un instante pugnando por no caer, arrastrando, por fin, también al hombre que había querido ayudarla. Ambos rodaron al fondo del precipicio, escuchándose momentos después el golpe sordo de los dos cuerpos estrellados contra las rocas.

La situación de los que íbamos formando una larga hilera por aquel angosto camino se hizo entónces mucho más embarazosa, pues el caballo en su desesperación por salvarse, había destruido el borde por donde debíamos pasar. No teníamos espacio en donde

poder echar pié á tierra, ni tampoco para retroceder: había que dejar nuestra salvación al instinto de los caballos, los cuales de uno en uno estuvieron pasando, arrastrándose casi por la pendiente, queriendo en vano treparla y buscando para pisar los imperceptibles puntos sólidos que quedaban, no sin dar bufidos de horror al contemplar el negro abismo.

Nosotros, entre tanto, guardábamos un silencio solemne, como si una palabra cualquiera hubiera bastado para hacer perder el equilibrio á los nobles animales que tenían en aquel momento la misión de salvarnos.

Todos los restantes pudimos pasar sin accidente, y llegamos á nuestro campamento sanos y salvos.

* *

Al día siguiente se nos incorporaron nuestros exploradores, y por ellos supimos que el general Orozco había dejado una guarnición de 300 hombres en Zapotlan, tomando con el resto definitivamente el camino de Colima. Entónces salimos de nuestro escondite, estableciendo el cuartel general del Ejército en Tecalitlan. El Ejército del Centro había quedado reducido á unos 600 hombres, pues aunque ya contábamos antes con más de mil, la infernal travesía que acabábamos de hacer, había equivalido á una derrota.

Como no podíamos disponer de mucho tiempo para organizarnos y como lo probable era que se destacaran sobre nosotros las contraguerrillas para perseguirnos, puesto que éramos el único enemigo que tenía el imperio por aquellos rumbos, empleamos sólo cuatro días en medio reponernos de las anteriores fatigas, y

al quinto día nos pusimos en marcha haciendo un falso movimiento que indicaba una retirada hacia Michoacan. A dos leguas nos detuvimos, dándose la orden de que el pequeño ejército estuviera listo para moverse á la media noche.

Entre Tecalitlan y Zapotlan debe haber una distancia de doce leguas. Para dar una sorpresa á la guarnicion de esa plaza fué para lo que se ordenó la marcha nocturna.

Era preciso tentar fortuna, era indispensable asegurar un golpe para reponernos, y todos aplaudimos la idea de librar un combate en la plaza de Zapotlan. O triunfábamos y nos hacíamos de elementos, ó nos abríamos paso para proseguir la campaña en terreno que nos ofreciera mayores ventajas, ó que al ménos nos fuera más conocido.

Cuando emprendimos la marcha estaba lloviendo y hacia un frío que helaba materialmente los huesos. Los pobres soldados tiritaban y algunos se quedaban tirados á un lado del camino porque no podían ya dar paso.

La senda que llevábamos se hacia á cada momento mas difícil á causa de la lluvia incesante que seguía cayendo y que á todos nos habia empapado.

Hubo quien hiciera presente al general Echegaray que era infructuoso continuar aquella marcha, porque la tropa no llegaría en condiciones de combate.

—Precisamente el tiempo nos favorece, contestó el general, ahora es cuando ménos nos esperan.

Con grandes trabajos conseguimos llegar á la ha-

cienda de Huescalapa, á eso de las dos de la tarde. El agua continuaba, y el cielo todo permanecía cubierto de nubes, anunciando que la lluvia no cesaría en la tarde ni en la noche.

Mientras la tropa hacia su rancho con precipitacion, fueron conducidos al Cuartel general unos pasajeros que iban en la diligencia procedente de Zapotlan.

Se les interrogó y todos contestaron que en la plaza no se tenia ninguna noticia de nosotros. Los mismos pasajeros se mostraron sorprendidos de vernos tan cerca sin que hubiéramos sido sentidos.

Entónces se formó una junta de guerra con los jefes de mayor graduacion, y Echegaray sometió á su exámen estos dos puntos: ¿Se continúa inmediatamente la marcha para aprovecharnos del descuido en que se encuentra el enemigo, seguros como estamos de sorprenderlo? ¿Se difiere esta marcha para en la noche, en vista del estado que guarda la tropa, desvelada, fatigada y mojada?

El asunto era difícil de resolver tanto mas cuanto que el mismo parque se habia humedecido, y era muy fácil que á la hora dada no estuviera muy en corriente.

Todos los gefes fueron de parecer que se continuara la marcha en el acto y se diera el ataque sin dilacion alguna para sacar todo el provecho posible de la sorpresa.

El agua seguía cayendo á torrentes y nosotros volvimos á emprender nuestra marcha para Zapotlan en el mejor orden posible.

Llegando la columna á la garita, se cogieron pri-

sioneros á dos guardas, cinco soldados y un oficial que estaban allí como avanzados. Tampoco tenian ninguna noticia de nosotros, de suerte que la sorpresa iba á ser completa.

En otro capítulo referiré el resultado de aquella memorable jornada.

Enfónces se formó una junta de guerra con los jefes de mayor graduacion, y Echegaray acordó á su vez hacer la marcha para apoderarnos del campamento que se encontraba el enemigo segun el camino de las montañas de la sierra. Se acordó tambien que se hiciera una marcha para en la noche, en vista del estado que guarda la tropa, desahogada, fatigada y enojada.

El asunto era difícil de resolver tanto mas cuanto que el mismo punto se habia humedecido y era muy fácil que á la hora dada no estuviera muy en corriente. Todos los rios fueron de parecer que se continuara la marcha en el acto y se dió el orden sin dilacion alguna para salir todo el ejército posible de la sierra. El día segun cayendo á torrentes y nosotros vimos á emprender nuestra marcha para el campamento del enemigo. El mejor orden posible se le dió á la columna y la guerra se comenzó por la noche.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo.

Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-

UNA PILATEÑA.

Entre tanto en Colima tenia lugar un suceso lamentable que en aquellos dias consternó á toda la poblacion. Cuando ya tuvimos en Zapotlan un gefe caracterizado como Echegaray, despues de la desaparicion de las gavillas de Rojas y Simon Gutierrez, pensamos como era natural, en que ya era tiempo de que nos proporcionáramos inteligencias en las poblaciones que ocupaba el enemigo.

Quizás ya no tendrían repugnancia los buenos liberales de ponerse en contacto con los defensores de la República, que ya no daban abrigo en su seno á nin-